

EL REINO.

DIARIO DE LA TARDE.

AÑO II.

Este periódico se publica todos los días, excepto los domingos.

Miércoles 26 de Setiembre de 1860.

Redaccion, Administracion e Imprenta, calle de Hita, núm. 5, cuarto principal.

Núm. 290.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincia cuyo año termina en fin del presente mes, se servirán renovar oportunamente para no experimentar retraso en el recibo de nuestro diario.

PARTES TELEGRÁFICAS.

DEL EXTERIOR.

Viena (sin fecha).—Lejos de haber muerto el príncipe Milosch, como se había asegurado, se espera su completo restablecimiento.

París 25.—Quedan el 3 francés á 68-50; el 4 1/2 á 95-85; el interior español á 00; el exterior á 00; el diferido á 89, y la amortizable á 22 1/8.

Londres 25.—Quedan los consolidados de 93 1/4 á 9/8.

SECCION EXTRANJERA.

La *Gaceta Oficial* de Turin ha publicado el 20 del actual un boletín de la batalla de Castellidardo, fechado el 19 en Jesi. En él se dice que el general piemontés Cialdini ha cogido 4,000 prisioneros, entre ellos 50 oficiales y los guías del general Lamoricière. El boletín continúa en estos términos:

«El general Cialdini, interpretando las intenciones generosas de S. M., ha concedido á este cuerpo los honores de la guerra, y todos, soldados y oficiales, se enviarán libres á sus hogares respectivos.»

El general Lamoricière, seguido de unos cuantos caballos, huyó del campo de batalla el 18; todos los prisioneros y las tropas que han capitulado están indignados de su conducta.»

Tenemos, pues, al ilustre general en jefe de las tropas pontificias deshonrado á los ojos de toda Europa. Al menos tal ha sido la generosa intención del articulista de la *Gaceta Oficial* de Turin; como si fuera tan fácil borrar una larga y gloriosa historia militar de una plumada, cambiando en cobardía el valor tantas y tan diversas veces probado del hombre animoso que tiene sobre sí el crimen de luchar en defensa de la causa del Papa; es decir, á favor de la Iglesia contra la revolución, ó lo que es lo mismo, en pro de la verdadera libertad y civilización contra el verdadero despotismo y tiranía.

Asertos como los del órgano oficial del gobierno piemontés se comprenden, mas no se creen; fácilmente se alcanza la intención que los dicta, el objeto á que van dirigidos; por la misma razón se aprecian en lo que valen, anotándolos para el conocimiento general, dejando al buen sentido que haga justicia de ellos. Entremetense á comentarios equivalentes á perder lastimosamente el tiempo.

Por lo demás, la audacia de la prensa sarda va de par con el cinismo de los hombres que mandan hoy en Turin. Ya conocen nuestros lectores el *memorandum* escrito por conde de Cavour para justificar ante las grandes potencias europeas la ineficaz política de Piemonte. Hoy podemos anunciarles otro documento de aquel mismo personaje, no menos singular. Aludimos á la notificación oficial del bloque de Ancona á los gabinetes europeos. Anhelamos verlo, aun cuando desde luego se adivinan sus formas y lenguaje; pero se nos

figura que ha de provocar respuestas de algunas cortes, y estas nos precisamente las que excitaban nuestro interés.

Anúnciase que Garibaldi ó los suyos han desembarcado en la embocadura de Garigliano, punto que está entre Gaeta y Capua. Cuáles sean las disposiciones que animan al ejército del rey Francisco, se ignoran; pero merece consignarse con la noticia de adelantarse el célebre caudillo hácia Gaeta, coincide la de haber dado aquel monarca á sus tropas una proclama llena de generosidad y de nobleza, manifestándoles que se pone al frente de ellas resuelto á defender sus derechos, el honor de todos y el nombre napolitano, demasiado envilecido.»

«Somos todavía, dice, en número bastante para hacer frente á un enemigo que no combate sino con las armas de la seducción y de la infamia. Hasta este día he querido evitar á muchas poblaciones, y sobre todo á la capital, la efusión de sangre; pero encontrándonos ya sobre las orillas del Vultureo y del Garigliano, ¿cómo de añadir nuevas humillaciones á nuestra condición de soldados? ¿Permitiréis que vuestro soberano caiga de su trono por vuestra culpa, y os abandone á una eterna infamia? No, no, jamás!»

Francisco II promete compartir con sus soldados las privaciones y peligros, y los estimula á la fidelidad, recordándoles el premio que siempre alcanzaron los militares, y el descrédito consiguiente á la traición que ya están recogiendo los napolitanos que han faltado á lo que el honor y el deber les exigían á la vez. Algo tarde habla el lenguaje de la verdad y de la conveniencia; pero no dudamos que todavía hará su natural efecto, lo mismo en el ejército que en las masas. Estas últimas empiezan á sentir las ventajas de la libertad que les han dado los revolucionarios. Una ley del dictador permite, mejor dicho, manda fusilar á los enemigos de la unidad italiana. Víctimas de esta ley de *sospechosos* han perecido en dos días 72 napolitanos; no gritaron ¡viva Garibaldi! y el crimen merecía tal castigo. Con ejemplos de semejante naturaleza la regeneración política de los italianos adelantará prodigiosamente. Séanos permitido extrañarnos, sin embargo, de que se levante tanto la voz para anatematizar á los que comparan la revolución con el islamismo. No creemos que pueda seriamente negarse verdad tan evidente. Por fortuna, no es tan seguro el triunfo de aquella como hubo un tiempo en que lo fué de este. El tiempo y los acontecimientos que se preparan harán ver dentro de poco cuáles son las bases de los que se complacen en augurar todo lo contrario.

La entrevista de los soberanos de Rusia, Austria y Prusia en Varsovia, continúa llamando la atención de la diplomacia europea, y principalmente la del gabinete de las Tuillerías. La importancia del suceso lo merece. Dícese que también asistirán á dicha reunión los reyes de Sajonia, Wurtemberg y Baviera, y se asegura que todas las cuestiones del momento, y hasta las eventualidades, serán objeto de meditadas providencias. En una palabra, no solamente se habla ahora del restablecimiento de las buenas relaciones entre los dos imperios, sino de la alianza de todas las potencias del Norte, en vista del aspecto que van tomando las cosas en el Occidente de Europa. Algunos periódicos de París reconocen que hay en el mundo intereses más encontrados que los de Austria y Rusia en Oriente, y por tanto ven fácil el acomodamien-

to de ambos Estados, aun cuando haya quien se empeñe en estorbarlo. Las consecuencias de este nuevo cambio de política en los gabinetes de San Petersburgo y Viena tardarán poco en hacerse sentir en Londres y en París, y lo probable es que Francia sea la primera en recoger sus amargos frutos.

No obstante, el emperador Napoleon apenas abre la boca en público como no sea para hablar de la paz universal y del engrandecimiento del imperio francés por el desarrollo de sus recursos interiores. En Argel, como en Marsella y Lyon, respondiendo á un discurso del presidente del consejo general, S. M. ha dado otra nueva prueba de que si no cree ni confía en el mantenimiento de la tranquilidad de Europa, como debemos suponer haciendo justicia á su penetración, al menos gusta que se tengan ilusiones halagüeñas, dejando á los sucesos el cuidado de destruirlas.

El sistema es bello, pero también tiene sus inconvenientes.

BREVE APOSTÓLICO DIRIGIDO AL CAPELLAN MAYOR DEL EJÉRCITO PONTIFICIO, CUANDO AUN NO SE HABÍA RECIBIDO EN ROMA EL MEMORANDUM DEL CONDE DE CAVOUR.

Pío Papa IX.—A nuestro venerable hermano Vicente, arzobispo de Nisibis: salud y bendición apostólica.

Al ver los tiempos tan azarosos en que la cristiandad se encuentra, y al considerar los graves peligros en que nos han puesto y nos ponen con tanta perversion como impedid (y con nosotros á la Sede apostólica) los enemigos furiosos que al mismo tiempo que nuestros lo son de la sociedad civil, sentimos nuestro corazón anegado en un pesar profundo; pero en medio de nuestras agonías extremadas nos sirve de consuelo no cesoso y de compensación no pequeña ver el celo y la premura con que un número considerable de personas adultas y de jóvenes ilustres hasta por su nacimiento, afluyen de todas las regiones del globo á tomar puesto en las filas de nuestro ejército, bajo el mando de su general en jefe, guerrero noble y animoso, con el designio de defender valerosamente nuestra causa, que al mismo tiempo lo es de la Sede apostólica y de la Iglesia entera.

Cierto es que no cesamos de dirigir al Señor oraciones fervorosas pidiéndole que se digno concedernos á todos la paz deseada; pero los hombres impíos, que no son en esta ocasión sino el instrumento de que Dios se sirve para castigar los pecados de todos, y á quienes el Señor perderá y castigará también el día de su cólera, hollando bajo sus pies la ley divina y blasfemando del nombre del Santo de Israel, no cesan de mover guerra encarnizada contra la Iglesia y la Santa Sede apostólica. Presa del espíritu de Satanás, estos hombres, después de haber excitado á la revuelta á los pueblos de Italia, arrojado de ellos contra toda justicia á sus príncipes legítimos, confundido y perturbado todas las cosas divinas y humanas, y precipitándose el año último pasado en nuestro Estado para arrebatarnos con sacrilega mano algunas provincias, todavía á la hora presente se afanan para agitar, invadir y usurparnos las provincias que aun nos quedan. Todas estas maldades las ejecutan movidos por la esperanza proterva que fundan en que, después de haber combatido y derribado la soberanía temporal de la Santa Sede, tendrán fuerza suficiente para destruir; como si esto fuera posible! la Iglesia católica y su pontificado supremo. Intento que no se avergüenzan de expresar claramente en multitud de libros impíos y con hechos abominables.

A la vista de la perversidad desenfrenada de semejantes impíos, de una situación tan aflictiva y de una necesidad tan rigurosa, y aun cuando ni un momento pueda dudarse de que la Iglesia quedará triunfadora, no podemos, sin embargo, sin sentir un dolor profundo, pensar que tendrán que afrontar graves peligros los decididos jefes y soldados de nuestro ejército, los cuales tendrán que atacar y combatir á enemigos muy arrojados, y que son maestros expertísimos en el arte de la maldad y en el del engaño. Así, pues, hemos creído que debíamos fortalecer el valor de nuestro animoso ejército, que pelea por la causa de la Iglesia

y de esta Sede apostólica, suministrándole abundantes socorros espirituales; y esta es la razón porque, venerable hermano, os escribimos esta carta, por la cual, y en virtud de nuestra autoridad apostólica, os damos á vos y á todos los sacerdotes y capellanes de nuestro ejército el poder de otorgar, aun en el acto mismo de la confesión sacramental, indulgencia plenaria *in articulo mortis* á todos y á cada uno de los jefes y soldados de nuestras tropas.

Además, y en virtud de la misma autoridad apostólica, concedemos á todos los jefes y soldados, cuando encontrándose en su último instante carcerian de la asistencia espiritual, el poder de ganar esta misma indulgencia plenaria, siempre que invoquen, y si no pueden con los labios con el corazón al menos, los nombres á un mismo tiempo tan dulces y tan poderosos de Jesús y de María.

Abrigamos la firme confianza de que la causa de la Iglesia y de la justicia obtendrá, como siempre, una victoria brillante sobre sus enemigos; y entonces sucederá que, ó bien Nuestro Señor justo y misericordioso se dignará atraer al camino de su salvación á esos millares de hombres que de él se han apartado, como le pedimos haga, continuamente y con instancias vivísimas, en nuestras oraciones, ó bien herirá, aplastará y exterminará en la indignación de su cólera á esos nuevos Sennacheribs.

Esta persuasión y esta confianza nuestras tienen por firme apoyo las oraciones universales de toda la Iglesia, que todos los días suben como incienso de agradable olor al trono de la gracia; la adhesión á toda prueba, la virtud, la sabiduría, la prudencia y los consejos de tantos discípulos ilustres de Jesucristo, y de tantos hijos celosos de la Iglesia católica y de esta Santa Sede, los cuales emplean toda su influencia y talento en defender con mil distintas maneras los derechos de la Iglesia y de la Sede apostólica; y finalmente, nuestra confianza se apoya en la piedad admirable de esos mismos hijos nuestros, á quienes las necesidades en que esta Santa Sede se encuentra los mueven á desprenderse de sus bienes de fortuna. Confiamos también plenamente en que los fieles continúen ayudándonos con sus oraciones fervorosas, con su celo, tan noble y tan digno de encomio, y con sus filiales y liberales larguezas, hasta el momento en que al Padre clementísimo y misericordioso le plazca sujetar á los vientos y al mar y calmar esta tempestad furiosa, concediendo á su Iglesia la paz y la tranquilidad tan deseadas.

Haga el Dios de los ejércitos, en cuyas manos reside la victoria, que comunicó á David aquella fuerza prodigiosa con que abatió al rebelde Goliath, y que concedió á Judas Macabeo vencer la rabia de las naciones, que desciendan desde lo alto del cielo sobre el general en jefe de nuestro ejército y sobre todos nuestros nobles soldados las gracias y el valor que necesitan para defender con éxito la causa de la Iglesia y de esta Sede apostólica, con mengua de los enemigos de la cruz de Jesucristo, de la fe y de la religión católica.

Estas son, venerable hermano, las cosas que hemos creído debíamos comunicar; y ahora, como presagio de todos los dones celestiales y por prenda de nuestra especial benevolencia, con toda la efusión de nuestro corazón os damos á vos, venerable hermano, así como al general en jefe y á todos los oficiales y soldados de nuestro ejército, la bendición apostólica.

Dada en Roma, en San Pedro, á 10 de Setiembre de 1860, en el año XV de nuestro pontificado. Pío IX, Papa.

Una carta fechada en Nápoles el 16, que publica la *Correspondencia Bullier*, dice:

«Vengo de Capua y Gaeta. He encontrado el camino lleno de soldados y marineros que iban á incorporarse al ejército real. El ejército se ha reorganizado y reforzado, y es superior á lo que se cree. En Capua, en Gaeta, entre estas dos ciudades, en Areza y en los pueblos de la montaña, hay cerca de 60,000 hombres, y puede decirse que ahora empieza la lucha. Hasta ayer, solo Capua y Gaeta estaban en estado de defensa. En Capua manda el general Salzano.»

El rey Francisco parece resuelto á no sucumbir sin luchar en persona. El manda en jefe el ejército, teniendo á su lado á su tío el conde de Trapani, al general Casella, á Salzano, y otros que han

permanecido fieles á la desgracia. Sus hermanos los príncipes de Trani y de Caserta mandan dos batallones.

Se esperaba en Roma el manifiesto del Santo Padre al mundo católico. No estaba disipado todo temor de que Pío IX, no queriendo soportar más tiempo la situación que se le ha creado, abandonara Roma. Sería una complicación inmensa.

De una carta de Viena, fecha 18, tomamos los siguientes párrafos:

«Reina grande actividad en el ministerio de Negocios extranjeros y en el departamento de la Guerra, sobre todo después que el emperador Alejandro manifestó su deseo de una reconciliación sincera para hacer cesar el estado ya intolerable de la Europa. Hay continuas reuniones de ministros, á las que asisten muy á menudo los embajadores ruso y prusiano, y alguna que otra vez también el de Inglaterra. Se me dice que de resultados de las últimas noticias de Rusia, esto se presenta climatérico; porque podría ser que los austriacos hicieran lo que ya debieran haber hecho. Hoy ha debido, según ciertos datos, ocurrir en altas regiones algo nuevo. Veremos.»

Los apóstoles de la libertad y de la tolerancia, los garibaldinos, han fusilado en Aviano, á la intermediación de Nápoles, al cura, al alcalde y otras cinco personas, habiendo llevado presas á la ciudad otras 154, entre ellas varias mujeres de edad muy avanzada.

Las últimas correspondencias de Túnez dicen que había llegado un cherif á aquella ciudad, y que había empezado á predicar la guerra santa. El bey lo mandó detener en el momento que llegó á su noticia, y dió orden de que le cortasen la cabeza. Esta determinación ha asegurado la tranquilidad del país.

El remedio, por lo menos, no podía ser más eficaz.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR DE EL REINO.

Londres 22 de Setiembre.

Desde que el telégrafo nos ha anunciado la victoria del general Cialdini y la captura de los 600 irlandeses, están estos buenos ingleses hechos unos energúmenos de contento, si bien la gente pensadora ve muchas nubes en el horizonte italiano, y teme que la exicision entre Garibaldi y Cavour produzca graves conflictos para Victor Manuel y aplace para muy lejos la apetecida union italiana, aunque otros opinan que el conde de Cavour está completamente sostenido por Napoleon, y que Garibaldi tendrá que ceder ante la voluntad de las conveniencias franco-sardas, y estas nunca podrán aceptar el que se ataque al Papa en Roma, atendido á que en el programa manifiestado en el folleto titulado *El Papa y el Congreso* no se pensó en atacar á Roma, y hoy solamente vemos el desarrollo de aquella lubricación.

Durante el viaje del príncipe de Gales en el Canadá, han ocurrido algunos escándalos con respecto á cierta parte de las decoraciones de los festejos públicos, sobre si se dió ó no mejor colocación á los emblemas de los protestantes que á los de los católicos, lo cual produjo ciertas desavenencias. Hoy la prensa publica la correspondencia oficial sobre este particular, haciendo todos mil elogios de la cordura y prudencia del príncipe de Gales, por el tacto que ha sabido desplegar en aquella difícil cuestión.

La reina Victoria sale hoy para Alemania, acompañada de su esposo y del ministro de Estado lord John Russell.

68 SANTIAGO

Pero Brulard no fijó la atención en él; venia gritando como un loco:—Mi hija! mi hija!

El joven conoció que no existía explicacion posible para un hombre en este estado; y se limitó á tomarle del brazo, conduciéndole al sitio donde su hija se hallaba.

Esta se había incorporado, y al ver á su padre acercarse, le dijo en voz clara, aunque débil:

—Calmos, padre mio, no ha ocurrido nada grave.

Brulard se precipitó á ella, la rodeó con sus brazos, cayendo de rodillas y gritando:

—No tienes mal alguno! No tienes mal alguno, hija mia! Repítemelo: levántate, anda, que yo te voy, de lo contrario, voy á morir. ¿Qué te ha sucedido? ¿No te dije que no salieras? ¡Hija de mi alma! ¡Hija mia! Tú no tienes compasion de tu anciano padre, que se quitaría la vida si tuviera la desgracia de perderte! Tú no sabes, Paquita, que cuando Dios muestra sus iras, la hija de Brulard no debe salir de casa?

—Volved en vos, padre mio, interrumpió la jóven, asustada del giro que tomaba la imaginacion extravariada del anciano; volved en vos, y dad las gracias al señor de Brancion, pues creo que me ha salvado la vida.

—El señor de Brancion! ¿dónde está? preguntó Brulard con una especie de atonia; si, si, me parece que le he visto, pero creí era un fantasma...

—... que... Caballero, continuó un poco más tranquilo, ¿vos habeis salvado á mi hija, vos? ¿Qué

quereis que haga para manifestaros mi reconocimiento? Paquita, ¿qué quieres...?

—Señor Brulard, nada me debéis, interrumpió Santiago á su vez. Conducid pronto á casa á esa señorita, y dejadme bendecir el azar que me trajo junto á ella en un momento en que me necesitaba. Este recuerdo me será muy agradable... Adios, hermano, añadió conmovido; espero que este accidente no tenga funestos resultados para vuestra salud.

Y Santiago se alejó, perdiéndose en la oscuridad del bosque, aumentada en este momento por la de la noche.

Encontró por la primera vez inquieta á Elena, y le costó trabajo persuadirla que no debía tener este encuentro por de mal agüero.

La noche se pasó en medio de la tristeza que es natural cuando se espera una separacion dolorosa, aunque cada uno disimulase sus impresiones con valor sobrehumano.

Elena y Santiago no se separaron un solo momento durante estas horas tan preciosas. Cuando la señora de Vieville se retiró cerca de media noche, la acompañaron hasta su cuarto y volvieron en seguida á la biblioteca, donde estuvieron hasta el amanecer.

Á las cinco de la mañana llegaron los caballos de posta, y algunos minutos despues Santiago se arrancaba de entre los brazos de su hermana.

DE BRANCON.

69

SANTIAGO

facion con sus primeras victorias, á pesar de que prolongaban indefinidamente su destierro.

Del mismo modo que ocho dias antes, en Chaumont, no era el prestigio de un hombre de genio lo que le entusiasmaba, sino la idea de que la Francia se volvía á colocar á la cabeza de todas las naciones.

Vivant le nombraba todos los cuerpos que encontraba en el camino, y le contaba á su modo los homéricos combates en que los había visto cubrirse de gloria.

Algunas veces, al cambiar caballos en las casas de posta ó en los arrabales de las ciudades, el exdragón reconocía un antiguo camarada, y se le presentaba á Santiago, quien estrechándole la mano le decía: *Pronto nos reuniremos*.

Al tercer dia llegaron á París y se aparearon en una fonda del cuartel de la escuela militar, donde estaba el depósito de los cazadores de la guardia imperial. Al dia siguiente Santiago fué á visitar al mayor que mandaba el depósito, y se puso en contacto con algunos de sus compañeros de armas.

Por todas partes encontró ese recibimiento ruidamente amistoso del hombre de guerra, que tanto fascina á la juventud franca y generosa. Los antiguos oficiales cuyos grados habían sido la recompensa de una accion brillante ó el precio de una herida, no se indignaron al aspecto del rostro imberbe de Santiago, porque adivinaron la firmeza y la elevación de su alma, bajo las graciosas formas de su adolescencia.

DE BRANCON.

65

más corto, aun cuando fuese preciso para esto pasar cerca de la fuente de los Ruiseñeros, adonde no había vuelto desde que encontró á Paquita Brulard.

El tiempo estaba caloroso, la atmósfera cargada de electricidad, y el cielo cubierto de negros nubarrones de un aspecto amenazador, y ya algunos relámpagos seguidos del trueno se dejaban ver con frecuencia.

Santiago apresuró su marcha, con objeto de llegar al castillo antes que estallase la tempestad.

Hallábase á unos cien pasos de la fuente, cuando se echó el viento; gruesas gotas de agua mezcladas de granizo cayeron sobre las hojas de los árboles, bajo los cuales marchaba Santiago, quien se apresuró á buscar un abrigo en las rocas que rodeaban la fuente.

Pero por muy de prisa que fué, cuando llegó estaba ya la tempestad en toda su fuerza, y él iba calado.

La lluvia caía á torrentes; los truenos se sucedían sin interrupcion, más y más terribles; la oscuridad se aumentaba por momentos, y parecia más profunda después de cada relámpago.

Santiago, calado hasta los huesos, iba bravamente á continuar su camino, cuando unos gemidos lastimeros llegaron á sus oídos en medio del fragor incesante de la tempestad.

Miró en derredor con vaga inquietud, y al resplandor incierto del crepusculo y los relámpagos vió á la galguita blanca que corría de acá para allá, con todas las señales de la ansiedad más viva.

